

**JOSÉ LUIS PUERTO, *LA BELLEZA DE LA HUELLA*, León, Eolas Ediciones, 2024,  
136 pp.**

JOSÉ MARÍA BALCELLS  
Universidad de León

Publicada en 1924 por el sello leonés Eolas Ediciones, *La belleza de la huella* es una nueva obra del escritor salmantino José Luis Puerto, poeta y etnólogo muy relevante que cuenta con el Premio Castilla y León de las Letras. Dicha obra permite a los lectores otro acercamiento profundo a su persona, así como a su escritura y sus claves, una vez más a partir sobre todo de la evocación de la niñez vivida en el ámbito rural, en la localidad de nacimiento del autor, La Alberca. Ese lugar comarcano ha sido recreado y convertido por él en el territorio mítico de Alfranca, un territorio visto como paradisíaco donde vivió en un tiempo también considerado mítico en el que arraigaron unos valores que permanecen en la memoria del adulto como si se tratase de un jardín íntimo que puede visitarse, revisitarse, y desde el que proseguir interpretando la realidad según ese segundo prisma. A esos parajes a la vez reales y míticos de La Alberca / Alfranca acude y acudirá siempre José Luis Puerto para facilitarse con frecuencia volver a recuperar

sentires de aquel niño que está actuando en el fondo de sí mismo. El libro pudiera entenderse como otro aporte suyo a las que viene calificando como «prosas de la memoria», y cuyo primer eslabón fue el iniciado hace más de cuatro décadas con la obra de 1991 *Las cordilleras del alba*, eslabón continuado con otras prosas líricas escritas en los noventa y recogidas en *La madre de los aires*, aunque no vieron estas la luz hasta el año 2021. A ellas en más de un momento voy a acudir y a citar por sus convergencias con el libro que estoy reseñando.

La ocasión para las páginas de *La belleza de la huella*, que se fundamentan en el retorno a un pretérito infantil tan vivo y primordial para José Luis Puerto, le ha dado el reto de escribir un libro con destino a una colección de la antedicha editora que se titula «De la belleza», y que dirige el novelista y poeta vallisoletano Gustavo Martín Garzo. En esa serie han salido ya unos cuantos volúmenes inspirados en distintos asuntos y cuyos respectivos

temas esenciales anoto, salvo omisión involuntaria de alguno: la belleza de los muertos, de la infancia, de la ausencia, de lo pequeño, de los jardines, del afuera, del vagar, de la urraca, de lo oculto, de los cuentos, de lo bienaventurado, de la materia, del recuerdo, de lo anómalo, de los locos, de las cosas, del traducir, de la ciencia, y de la lectura.

Repasando los temas antedichos advertimos que algunos de ellos abordan aspectos de la realidad en los que José Luis Puerto se ha fijado también, aunque desde su particular enfoque. Destaco tres de entre varios posibles: la belleza de la infancia, de las cosas y de lo pequeño. Con todo, difícilmente cabría encontrar un asunto tan idóneo para su libro como el de la huella, es decir el de las señales que marcan la vida del ser humano, señales que se le ofrecen al niño en edad tan temprana, son indelebles, y cuyo sentido más hondo es dilucidado muchos años después por quien las vivió en su día con gozo e inadvertidamente, pero que de acuerdo con ellas interpreta cuanto le fue, le es y le será dado experimentar a lo largo de su existencia.

Una de las cinco citas antepuestas por José Luis Puerto a su libro nos advierte sobre la importancia concedida a la segunda de las palabras del título, la huella. La citación remite al dramaturgo ruso Aníton Chéjov y dice así: «Creo que nada pasa sin dejar huella y que cada uno de nuestros pequeños pasos interviene en la vida presente y en la futura». La huella equivale a marcas que se dejaron en el pasado y que perduran de por vida. Después, ya en el texto del comienzo de la obra, texto titulado «La experiencia del aura», encontramos un énfasis en la palabra belleza en

el párrafo inicial, líneas que entiendo son orientativas para el lector a fin de aproximarse a una lectura fecunda de *La belleza de la huella*. Leo y transcribo: «He vivido en el aura. Y en la pobreza. Durante toda mi niñez las cosas, por humildes que fueran, estaban tocadas por una belleza antigua que las investía de una sacralidad que infundía respeto y que otorgaba protección» (17), testimonio personal que el autor había compartido de otro modo y sintéticamente con sus lectores en *La madre de los aires* al decirnos, que «La cercanía con la belleza, en todas sus manifestaciones, nos acerca a Dios» (2021: 68).

A las voces de huella y de belleza se han añadido, así pues, en la referida cita cinco más, las de aura, pobreza, sacralidad, respeto y protección. Todas comparten valores positivos, y suele remarcarlas José Luis Puerto en sus escritos líricos más esenciales, donde de tanto en vez detecta y se evoca lo apacible y misterioso del aura; la pobreza no como una situación que ha de silenciarse, sino como una que ha de ser recordada con agradecimiento, como ese don que el cineasta Roberto Benigni, director de *La vida es bella*, dijo haber recibido de sus padres, diríamos que casi como un privilegio no elegido del que estar orgulloso y sobre la que se nos había dicho en *La madre de los aires* que la tuvo y la tiene «por uno de los rasgos más humanizadores que pueden serle concedido a cualquier persona» (2021: 87).

Valor primordialísimo lo es la percepción en el universo entero de la refugencia de lo sagrado, hasta el punto de que José Luis Puerto es uno de los más representativos en la literatura actual de esta lectura de la realidad que aflora en lo que ve, oye, escucha, lee, dice oralmente y

escribe en los diversos géneros literarios que le distinguen. Y aquí procede añadir que el respeto hacia todo lo empapa esa lectura del cosmos en clave sacra, sentida desde niño a través de las creencias religiosas compartidas con sus mayores más cercanos, la madre y el abuelo, así como con su entorno campesino. Ese envolvente y vivencia propia de lo sagrado implica el sentimiento de estar protegido y beneficiado en virtud de la sacralidad dominante que nos presidía y preside, rodea, acompaña, y nos pone en el radio trascendente de salvación, habiéndonos correspondido por herencia que este modo de salvarse sea el crístico, como pudiera haber sido el de otras maneras de ligamen con lo divino. En ese entonces infantil, como rememoraba el autor en *La madre de los aires*, se había vivido «Aquella presencia de la divinidad en todo, que era acogedora, aun sin verla, que lo impregnaba todo, ya que todo quedaba embelesado por ella: la luz, el aire, la tierra, la creación, vosotros» (2021: 100).

Establecidas algunas de las claves fundamentales que se explicitan en la obra literaria de José Luis Puerto, en las páginas de *La belleza de la huella* podemos leer cómo se van reflejando en los diferentes textos de un libro que se estructura básicamente en dos secciones, «sacras» y «seres», que han sido escritas de manera bien significativa en sendas minúsculas en connotación de humildad. A ambas las complementan otros escritos más en convergencia con el meollo de la obra. En la sección «sacras» se evocan distintos enseres, cuando no seres, que no repiten, sino que vienen a completar aquellos que se recrearon en libros como *La madre de los aires*, así como en diferentes textualidades del autor. Los motivos recreados que en

aquel ayer infantil hechizaron el niño que se convirtió en escritor son: la arpilla textil, el telar, el vaso de plata, la copa de cristal, el embudo de cobre, los libros rescatados, los cromos que se colecciónaban e intercambiaban entonces, los vuelos de celebraciones de los pájaros, y la medalla que trasmítia la percepción de la sacralidad y de la protección.

En la sección «seres» son recreados seres vivos como distintos animales, plantas, y personas que en el pasado y en el presente suscitaron y suscitan percepciones de belleza y ternura y representan distintos dones que le concedió la vida: las pisadas nocturnas de caballo en el granito; el perro al que se puso el nombre de moriche, y al que alguien envenenó; las perfumadas violetas primaverales; las jarras de una cuesta cercana a La Alberca; un niño que cantaba al repartir leche; otro que sembró ingenuamente lapiceros; el filósofo Nietzsche abrazando a un equino maltratado; el sacerdote Komitas Vardapet, asimismo compositor y etnólogo de la música que perdió la razón durante el genocidio de Armenia llevado a cabo por el imperio otomano en la Primera Guerra Mundial; el organista Jehan Alain, que se distinguió interpretando letanías; el campesino don Alipio, que representa la actitud serena ante cualesquiera vicisitudes, y el pintor mirobrigense Celso Lagar que enloqueció.

Otros escritos muy destacables que integran el volumen son «Enhebrar las palabras (19 melodías)», donde se reproducen reflexiones de diversos autores, todas ellas en convergencia con cuanto se propone preservar y defender en *La belleza de la huella*; y «Para una memoria de la bondad (pequeños guijarros)», texto con

cuya última palabra del título son calificadas las líneas escritas por el autor en las que se exalta el «más alto grado de belleza que reside en el ser humano, la bondad» (94). Por último subrayamos en este pequeño gran libro los aromas sancrucianos que desprende el capítulo final, «La casa sosegada», donde se reviven aquellas noches en las que aquel niño de La Alberca,

de Alfranca, que anida en José Luis Puerto rezó oraciones junto a su abuelo, y escuchaba también el manar del agua de la fuente adormeciéndole como una canción de cuna. En esas noches no adivinaba aún que le esperaría en la vida otro manar, el de las palabras que iría escribiendo para poetizar, celebrándolo, «el misterio y la fascinación del existir» (136).